

# Las Milanesas

Por *Atras Sinatras*

Al filo de la medianoche descendí del ómnibus. El frío nocturno hacía visible mi aliento, en tanto, en la serena atmósfera había un notable olor a... ¡sí! A milanesas. Crucé la plaza y pasé frente a la biblioteca del barrio; extrañamente, había luz en su interior. Por la ventana pude ver a las tres ancianas bibliotecarias, comiendo milanesas sobre el escritorio. En fin; seguí caminando rumbo a casa. En el bar de la esquina nadie estaba bebiendo; todos comían milanesas. Aparentemente todo el barrio estaba cenando milanesas, pues en cada casa se oía ruido a platos y olor a dicha comida.



Poco después tomé por la arbolada calle donde estaba mi casa. Allí reinaba una gran oscuridad; había apagón. Sin embargo, algo contrastaba con las tinieblas, se trataba de una gran cantidad de objetos brillantes que estaban desperdigados en la calle. Eran trozos de un material sólido, liviano, de color verde fosforescente y de formas angulosas. Recogí, intrigado, cuatro pedazos, al ver que en la próxima cuadra no había más, y los llevé a casa. Allí también habían hecho milanesas, por lo que eso fue lo que cené.

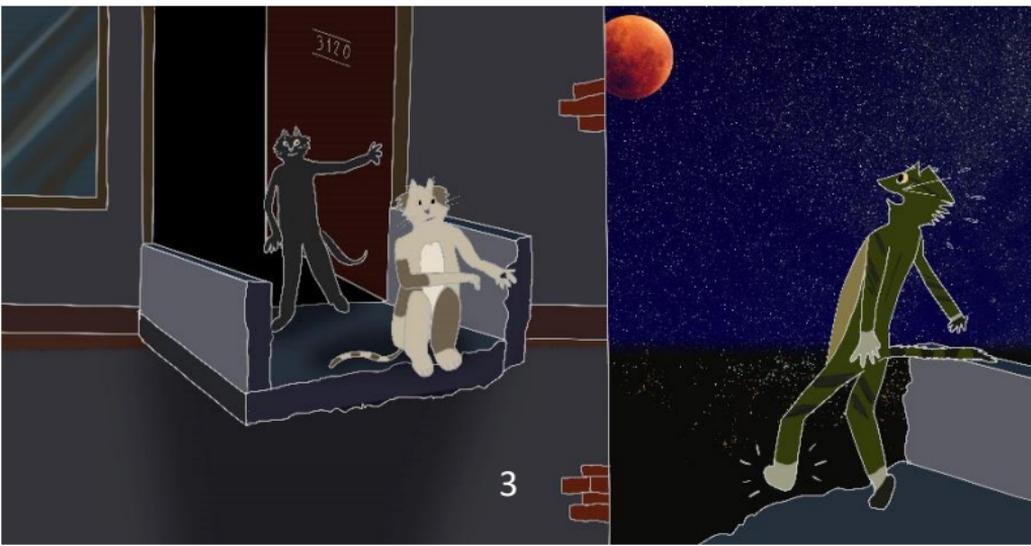


Ya me iba a dormir, cuando en el informativo radial notificaron que en esos momentos se estaba produciendo un eclipse total de luna.

- ¡Cómo se me pasó! -me dije-

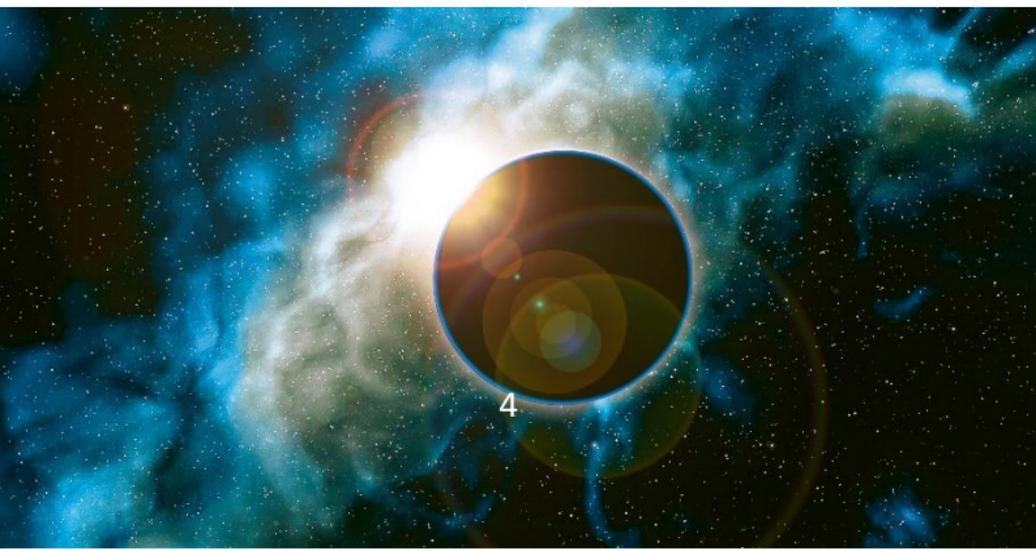
Sabía que por esa época iba a haber uno, pero ese me tomó por sorpresa. Casi corriendo partí hacia la casa de un amigo mío, quien tenía una cámara con teleobjetivo. Él vivía en unos gigantescos apartamentos, que habían quedado a medio hacer, a los fondos de mi casa.

Bajo la luz de una luna ya en penumbras, no fue nada fácil llegar; mi amigo vivía en el piso treinta, y el gran número de puentes y escaleras hizo que me extraviara tres veces. Estaba a punto de arribar al balcón que daba acceso a lo de mi amigo, cuando el puente que unía un bloque con otro se interrumpió ante mí, y yo quedé poco menos que con los pies colgando. Llamé desde allí a mi amigo. Salió toda la familia, y me dijeron que esa tarde se había derrumbado ese pasadizo, y que no me fuera porque me iban a improvisar un puente.



Entonces, uno de ellos subió al tejado para bajar de allí una tabla para que yo la usara como puente, mas a mí no me gustó nada la idea de hacerme el equilibrista a ochenta metros de altura. Me despedí, pues, mientras ellos comían milanesas en el balcón.

El eclipse había llegado a su fase total cuando logré escapar de esa mole de cemento casi deshabitada. Me quedé en el campo contiguo a observar, pese al frío. Yo veía que el cielo se ponía cada vez más celeste, y las estrellas aparecían más y más pálidas. La luna abandonó su color rojizo y se tornó también celeste, hasta que un potentísimo rayo de luz irrumpió al oeste del disco lunar; era el sol. El eclipse lunar se había transformado, inexplicablemente, en un eclipse solar. Se hizo de día siendo las dos de la mañana.



Desconcertado, me dirigí a casa. Al pasar frente a la casa de un vecino, que era dentista, escuché su voz llamándome. Él estaba encaramado a una gran antena de televisión, que por lo visto, estaba instalando sobre su casa. Me invitó a pasar y subir. Entré a la casa. Todo estaba oscuro allí. Una vez mis ojos se habituaron, me sorprendí al ver que donde antes estaban el consultorio y la sala de espera, había ahora un gran salón en el que trabajaban varias personas. Vi al hijo de mi vecino, que me comentó que el negocio de la odontología no iba más, y que con el dinero que habían ahorrado iban a poner un cine. Sí, y allí mismo. Ya estaban instalando el proyector y las butacas, y todo en penumbras, para ir ambientando. Fue allí dentro cuando oí una voz que no parecía provenir de ningún sitio en particular, y que dijo: “Sin duda es una indigestión. Déjenlo dormir. Le recetaree...” Y no logré oír más, pues la voz se fue “alejando”.

Bien; subí a la azotea. Mi vecino continuaba allí, estaba tan alto que su figura casi se confundía con el cielo azul. Me gritó que subiera. Dudé al principio, pero luego me decidí y comencé a escalar por la antena. A mitad de camino, estando a considerable altura, oí claramente la voz de mi hermana que decía: “debe haber sido la comida de ayer” y sentí una desagradable sensación en el estómago. “Ha de ser el vértigo” me dije. Continué

ascendiendo. Al fin, llegué al punto donde estaba mi vecino, el dentista.



Le extendí mi mano, para saludarlo, a través de los fierros; cuando no sé de dónde sacó un torno, sí, un taladro de dentista. Lo encendió, dejándose oír su macabro zumbido, intentaba alcanzar mi boca con él, a la vez que, entre sarcásticas risas, me decía: “¡Así te quería agarrar!” En esos forcejeos perdí el equilibrio y caí al vacío.

Golpeé violentamente contra el piso, pues me caí de la cama. ¡Había estado soñando!

-Ya estuvo el médico -me dijo mi hermana-. Dijo que es una indigestión.

-Sí, -respondí- sin duda me cayeron mal **las milanesas**.

**FIN**





Impreso en IMPRESORA LULO, Cama Verde 02,  
piso 2, Tomalia, Lulilandia. 20/6/2023 S.I.  
© 2023 Atras Sinatras | [atras@lulilandia.com](mailto:atras@lulilandia.com)